LA MUERTE DEL RECUERDO

... después de calzarse reposadamente los guantes...

Sentado cerca de la lumbre, perezosamente envuelto en su pelliza de pieles, el viejo senador contemplaba cómo caía la nieve en el jardín.

Los delicados cristalillos prismáticos venían en una lluvia de pétalos de jazmín á cubrir con su blancura la desolada tristeza de los desnudos troncos, empavesados por la nieve como si les envolviesen guirnaldas de misteriosas flores, nacidas en el aire.

Toda la tierra cultivada y la arena de los senderos se ocultaban bajo la nívea alfombra, y las plantas verdes, las escasas flores amarillas y rojas de la estación invernal parecían broches de esmeraldas, corales y oro del virgíneo manto en que la Naturaleza envuelve su perezoso sueño, para despertar, estallando en raudales de savia, al primer beso del sol de primavera, enamorado esquivo, que rompe cada año su velo de castidad.

Un criado anunció desde la puerta:

—El señor está servido...

Al mismo tiempo los cristales y el pavimento retemblaban con el rodar silencioso de las enllantadas ruedas de un coche en el patio.

Perezosamente se rodeó el anciano al cuello la bufanda de piel forrada en seda, se abotonó el abrigo de arriba á abajo, introdujo en el bolsillo la tabaquera, afianzó sobre la nariz las gafas que ocultaban los hundidos ojos y, después de calzarse reposadamente los guantes de piel, tomó el bastón y el sombrero que le presentaba el ayuda de cámara, y salió, tapándose la boca con el pañuelo, tardo el paso, como si le costase trabajo dejar su gabinete en aquel día de frío.

Un secretario alto, rubio, atildado, de patillas simétricas é irreprochable traje, se inclinó á su paso ceremoniosamente, esperando que el señor se dignase dirigirle la palabra; pero D. Juan cruzó sin mirarlo ni preocuparse de su presencia.

—¿Deja mandado algo el señor?, preguntó con timidez.

—Nada.

Ya el lacayo sujetaba abierta la portezuela del coche... El secretario volvió á inclinarse con esa rigidez de los aduladores, que parecen tener una articulación más en su espina dorsal para doblar servilmente el cuerpo, y el carruaje partió con el cadencioso trotar de su tronco normando.

Encendió un cigarro D. Juan y se arrellanó sobre los almohadones azules, mientras el coche cruzaba las calles de Caballero de Gracia, Peligros y Alcalá para salir al Prado. Allí lucía con toda su blancura la nieve. Grupos de chiquillos y mozalbetes corrían sobre ella, ensuciando con los pies su transparencia, contentos y satisfechos los pulmones de respirar aquel aire puro y sereno, cuya ligereza centuplicaba la actividad. Perseguíanse unos á otros, arrojándose puñados de nieve que se deshacía en espuma blanca; rodaban algunos esas enormes bolas consagradas como imagen de la calumnia y de la murmuración, porque según corren engruesan y se enlodan. Varios artistas improvisados se entretenían en modelar con aquel mármol blando estatuas y caricaturas, con tanto esmero como si algunas horas más tarde su obra no hubiera de convertirse en agua sucia. Se respiraba la poesía de la blancura de la nieve, cuyo gran encanto consiste en su misma fragilidad, en lo inestable, en lo fantástico, lo ideal de su vida corta..., símbolo de lo irrealizable, de lo soñado, de todas las ilusiones que no pueden detenerse.

Había un rayo de envidia en los apagados ojos del viejo senador viendo á los muchachos correr, azotarse, caer y revolcarse sobre aquella alfombra, que se hundía á su peso como mullido vellón de lana, con crujido de cristalillos que se quiebran.

Recordaba en su abrigado coche el tiempo feliz de la infancia y la adolescencia, cuando medio desnudo y hambriento jugaba entre los copos de nieve en el Retiro ó la Moncloa.

¡Qué lejos estaba aquel tiempo!

¡Era una existencia pasada!

Se recordaba con tristeza; no había nada de común entre él, D. Juan, y aquel Juanillo de los primeros años de su vida.

Juanillo había muerto; ni una molécula del cuerpo joven, fuerte y gracioso quedaba en su pobre, achacosa y vieja armadura. Sólo escasas reminiscencias de la voluntad, de los afectos que *el otro* sintió revivían aún en él. Pensaba con terror que se muere varias veces antes que la disgregación final del individuo separe sus moléculas, formando otras combinaciones en el transcurso de los siglos. Sí, se muere varias veces. Cada una de las nuevas épocas de la vida, cada uno de esos cambios de costumbres, de afectos, que se verifican en nosotros, es la muerte de nuestro propio ser, la renovación de un *yo* que expira. ¿Qué le quedaba de las edades anteriores? Tristeza, cansancio, desengaños; amargura de los recuerdos vividos, de aquellos desdoblamientos de su mismo ser, ya sepultados.

Sin duda por eso la monotonía de la existencia nos aflige como una vejez anticipada y los cambios nos apenan. Lo que se separa, lo que se aleja, lo que se olvida, muere. Por eso es tan triste olvidar.

Recordaba sus existencias pasadas; había muerto ya la niñez miserable y feliz; la adolescencia trabajosa y mezquina, la juventud de luchas, ambiciones... y hasta bajezas con tal de sobresalir entre la vulgaridad de las comparsas humanas, nacidas para asistir á las representaciones de la vida de los demás, aplaudiendo ó censurando las comedias que se hacen á sus expensas, pero sin pasar jamás de las galerías al escenario. Era esta la época en que más había vivido, el cielo de las esperanzas, del amor. D. Juan recordaba la imagen de una mujer que iluminó su vida con reflejos de ópalo.

Sacrificó su amor á la ambición, á un casamiento que le abrió las puertas de la política y del gran mundo. Había visto sus aspiraciones satisfechas: lujo, influencia, poderío, pero nunca volvió á ver á la mujer que amaba. Supo que era directora de un centro de enseñanza oficial en una provincia y que

continuaba siempre soltera; pero su abandono había sido tan infame, que jamás se atrevió á tener el cinismo de intentar verla, y sin embargo, ¡cuánto la había amado! ¡Cuántas veces la recordó en el solitario hogar de viudo, sin hijos ni familia! En muchas ocasiones pensaba cuánta alegría pudo traer á aquella casa la mujer inolvidable, compañera de sus luchas y ambiciones juveniles... Hasta algún día pensó en ir á buscarla, pedirle perdón..., ser feliz con la dulce abnegación de aquella vestal de un amor único... Unas veces la reflexión de su posición social triunfó de su sentimiento... Otras, las tareas urgentes del Parlamento y la organización del partido aplazaron su resolución... Algunas, los éxitos y las ocupaciones se la hicieron olvidar... ¿Por qué surgía de nuevo en aquel día de invierno, entre la nieve de su ancianidad, la imagen de aquella mujer? Era una evocación extraña, una especie de Telepatía, como si una corriente eléctrica le agitase. Por un momento creyó no estar solo, sentir un aliento á su lado, la proximidad de otro ser, de un fluido, de otro pensamiento que solicitase con fuerza el suyo, y miró sobresaltado en torno.

La figura de Alicia se conservaba en su memoria tal como la última vez que la vió, sonriente, tranquila, sin desconfiar de su amor, sin que ni un solo latido de su pecho le anunciase la traición del amante, que la sacrificaba á la ambición. ¡Cuánto sufrió él también! Necesitó recordar todos los placeres que el mundo le ofreciera después de su matrimonio para consumar su traición... Hasta se engañó á sí mismo para poderse ir, diciéndose que volvería de nuevo.

¡Pobre Alicia! Soportó su abandono sin un grito, sin una queja... No le molestó jamás... Y sin embargo él supo que no dejó de amarle nunca... Se lo habían asegurado viejos amigos... y lo oía siempre con satisfacción.

Ya hacía muchos años que nadie le hablaba de la historia aquella..., enterrada en un pasado remoto.

Creía ver á Alicia aún con su belleza rubia, pálida, de rostro de marfil y manos de hostia, quebradiza y frágil como flor de almendro temprano. Le parecía que se acercaba á él con la mirada dulce de sus ojos claros, de extraños cambiantes de acero, tan ingenuos y tan puros como un lago que dejase ver el fondo de sus pensamientos.

Ni por un momento le ocurrió nunca la idea de las transformaciones que había operado el tiempo. La creía alta, erguida, grácil, con su talle delicado y esbelto. Más de una vez volvió la cabeza en la calle al paso de una joven rubia, delgada y frágil, diciendo: «¿Será ella?»

El coche se detuvo en la puerta del Ministerio de Fomento. D. Juan subió la escalera lentamente, tapándose la boca con el pañuelo, devolviendo los saludos sin pararse, y penetró en la sala de espera.

—¿Aviso al señor subsecretario?, preguntó el portero.

—No, no tengo prisa, esperaré que termine de todo, murmuró D. Juan, sentándose en el ángulo de un sofá, cerca de una de las ventanas.

Quedaban unos diez visitantes, que iban siendo llamados por turno ante el subsecretario. La prontitud con que se hacían los llamamientos probaba la poca atención que se les prestaría. Pero los pretendientes se iban contentos, creyendo haber sido escuchados.

En el gabinete cercano se escuchaba el ruido de conversar de los escribientes, que abrían y comentaban la correspondencia del jefe.

La gran antesala, alta de techo y mal guarnecida de muebles, tenía algo de solemne; todos hablaban en voz baja y los desconocidos se miraban unos á otros con recelo. De vez en cuando se apartaba el portier y un nuevo visitante junto á la puerta se detenía, deslumbrado, buscando una orientación entre todas aquellas gentes que esperaban. Algunos jefes de Negociado, con la cabeza descubierta, paso ligero y el legajo de papeles debajo del brazo, entraban y salían en el despacho del subsecretario.

D. Juan lo contemplaba todo, causando la envidia de los atormentados por larga espera. En el estado de su espíritu veía lo ridículo, lo cómico, lo vano de toda aquella farsa de egoísmos, luchas y miserias. Sin duda acababa de morir en su alma la ambición y veía claro la insignificancia de lo que antes le parecía grande.

Una señora sentada en el otro extremo del sofá atrajo su atención; llevaba un traje color marrón y una capota violeta sobre los cabellos blancos, blancos como la nieve del jardín. Sostenía con trabajo el corsé un cuerpo flácido, de pecho hundido, al que no se ceñía la floja tela de su traje. La carita arrugada, color tabaco seco, sumida la desdentada boca, en punta la barbilla y tallado en nervios el cuello. Aquella anciana tenía para D. Juan un extraño encanto. ¿Por qué? Acaso por la plata de los cabellos, sobre los que parecía un pensamiento temprano la gorrita violeta. Acaso por los ojos claros, dulces, tranquilos, que brillaban juveniles dentro de las hundidas órbitas sin pestañas. Le parecía conocer la caricia de una mirada semejante...

—Doña Alicia Moreno, dijo el portero mayor, llamando á la anciana, que se dirigió con paso vacilante al despacho del subsecretario.

¡Alicia Moreno! ¡Alicia Moreno! ¿Había oído bien? Trémulo, formuló su pregunta al portero.

—¿Quién es esa señora?

—Doña Alicia Moreno, la directora de la escuela de X.

¡Oh! ¡Era ella! No cabía duda. Entonces pensó por vez primera en las transformaciones de los años transcurridos. Sus existencias de jóvenes habían pasado hasta el punto de no conocerse.

Y sintió una amargura, una amargura infinita al perder la visión de aquel rostro juvenil y fresco para substituirlo con la imagen de la anciana de cabellos blancos. ¡Imposible! Alicia seguiría viviendo joven en sus recuerdos...; la anciana no tenía nada de común con ella... Entonces, con temor supersticioso, se explicó el pertinaz recuerdo del coche hacia aquella mujer que se le acercaba. ¿Le recordaría ella también? Evocó la caricia de los ojos claros, la simpatía misteriosa que les aproximaba, y por un momento pensó en los últimos días de una vejez dulce con las remembranzas de queridos recuerdos... Sí, al salir Alicia de aquel despacho la seguiría..., le pediría perdón... En su memoria se confundían de nuevo, bajo la mirada clara, la Alicia de cabellos blancos y la Alicia de cabellos rubios.

Se entreabrió la puerta y apareció entre las cortinas la curva silueta de la anciana.

—Señora, murmuró D. Juan, aproximándose.

Se detuvo ella y miró tranquila, esperando. El no hablaba, ¿qué decir? ¡No lo conocía! Sin duda ella guardaba otra imagen de juventud.

—Caballero, repuso al fin una voz cascada, admirando el largo silencio.

—Este pañuelo, ¿es de usted?, preguntó el senador, recogiendo el suyo del sofá.

—No, señor.

—Creí..., tartamudeó.

—Gracias, repuso ella con voz tranquila, saludando.

—¡No me ha reconocido!, exclamó él, viéndola alejarse lentamente. ¡Más vale así! Es preferible que no conozca el dolor de ver morir en el alma una imagen de juventud y amor acariciada tanto tiempo. ¡Para ella al menos vivirá el recuerdo!

Y se limpió apresuradamente los ojos con el pañuelo, mientras guardaba en el bolsillo los empañados lentes para entrar en el despacho del subsecretario, que llamaba obsequioso desde la puerta:

—¡Mi querido D. Juan!..

Carmen de Burgos.
(Colombine.)

(Dibujo de Mas y Fondevila.)

GALERÍA DE LOS UFFIZI DE FLORENCIA

COLECCIÓN DE AUTO-RETRATOS DE ARTISTAS CÉLEBRES

VIII

Carlos Le Brun.—Nació en París en 1619 y murió en la misma ciudad en 1690. Hijo de un notable escultor, fué discípulo de Vouet, y en vista de sus felices disposiciones para la pintura, dispensóle su protección el canciller Seguier, que le envió á Roma á perfeccionarse. A su regreso adquirió notoriedad por medio de algunos cuadros que fueron muy aplaudidos, apoyándole con su favor Richelieu, Mazarino y Fouquet, logrando, por último, ser acogido por Luis XIV, que le nombró director de los Gobelinos y rector de la Academia de Pintura. Ejerció una á modo de dictadura, odiosa para los demás artistas, y murió de despecho por haberse declarado Louvois protector de su émulo Mignard. Alábanse sus producciones por la riqueza de la composición y por su carácter decorativo, citándose entre sus obras capitales *Las victorias de Alejandro*, en el Louvre; *Derrota de Majencio*, en los Gobelinos; *Los trabajos de Hércules*, en Versalles, y numerosos retratos.

Jacobo Courtois.—Nació en Saint Hippolyte (Francia) en 1621 y murió en Roma en 1676. A los quince años había adquirido ya cierta práctica en el dibujo y la pintura, de manera que al cabo de algún tiempo le fué posible trasladarse á Italia agregado al ejército francés, dibujando escenas de la vida de campaña, marchas, combates, etc., permaneciendo en Bolonia durante algunos meses, en donde comenzó á cultivar el género histórico. Desde allí pasó á Florencia y después á Roma, ejecutando en las dos ciudades, así como en Siena, algunas obras importantes. El inesperado fallecimiento de su esposa sumió al artista en el mayor abatimiento, retirándose á un convento de jesuitas. Entre sus cuadros merecen citarse los titulados *Josué deteniendo el sol, Moisés durante el combate con los Amalecitas*, etc.

Lucas Giordano.—Nació en Nápoles en 1632 y murió en la misma ciudad en 1705. De origen español, recibió sus primeras enseñanzas de otro artista español, el valenciano Rivera, á cuyo taller concurrió durante nueve años, al cabo de los cuales y cuando ya causaba admiración por la perfección de sus dibujos, salió furtivamente de la casa paterna, trasladándose á Roma, ingresando en el estudio de Pedro de Cortona. Más por interés que por afecto, presentóse en Roma su padre, enterado del éxito que alcanzaba el joven artista. Su tutela fué perniciosa para Giordano, puesto que sucumbió al afán paterno de producir y atesorar, llegando al extremo de copiar obras de otros pintores eminentes, vendiéndolas como suyas originales. Esto no obstante, preciso es confesar que ejecutó algunas producciones notables, extendiéndose su fama hasta el punto de ser llamado por el rey Carlos II de España, que le asignó una crecida pensión, colmándole de honores y distinciones, decorando la gran escalera del Escorial y la de la capilla, el palacio del Buen Retiro, la sala de Embajadores del palacio real, etc. Entronizado Felipe V, regresó al poco tiempo á Italia, ya que el nuevo monarca no le dispensó iguales favores, muriendo de una fiebre pútrida, y legando á sus hijos una cuantiosa fortuna.

Domingo Cresti.—Nació en Passignano (Toscana) en 1650 y murió en Florencia en 1698. Colocáronle sus padres en una librería de Florencia; mas poco inclinado á tal profesión, comenzó á estudiar la pintura, teniendo sucesivamente por maestros Macchietti, Naldini y Zuccharo. Tales fueron sus adelantos, que fué llamado á Pisa para ejecutar trabajos de gran importancia, á los que siguieron otros en Venecia, Florencia y Roma, recibiendo en todas partes señaladas distinciones, entre otras la investidura de caballero de Cristo que le confirió el papa Urbano VIII. Las obras de este artista demuestran una habilidad prodigiosa y una rapidez de ejecución que nadie superó.

Nicolás Largilliére.—Nació en París en 1656 y murió en la misma ciudad en 1746. Apellidado el *Van Dick* francés, pasó sus primeros años en Bélgica y en Inglaterra. De regreso en Francia, y protegido por Van der Meulen y Lebrun, dióse pronto á conocer como excelente pintor de retratos, ingresando como profesor de la Academia. Cítanse entre sus obras las tituladas *Huída á Egipto, Ascensión de la Virgen*, etc.

José Vivien.—Nació en Lyón en 1657 y murió en Bonn en 1735. Fué discípulo de Lebrun, distinguiéndose por sus obras ejecutadas al pastel. Merecen recordarse *El príncipe Eugenio. El duque de Baviera, El obispo de Munster*, etc. Murió en el palacio de su protector, el Elector de Baviera, cuando pintaba el gran cuadro representando *La familia electoral de Baviera*, vasta composición destinada á reconciliar las dos ramas de dicha familia.

Adriano Van der Werff.—Nació en Krahinger-Ambacht, cerca de Rotterdam, en 1659 y murió en esta última ciudad en 1722. Desde sus primeros años mostró las mejores disposiciones para el dibujo, estudiando la pintura con Picolet y Van der Neer. Emancipóse á los diez y seis años, y sin guía ni maestro comenzó á trabajar, realizando tales progresos, que el elector palatino le concedió una pensión y un título de nobleza. Produjo varios cuadros de asuntos históricos, de la vida privada y retratos, todos ellos de pequeñas dimensiones.

Jacinto Rigaud.—Nació en Perpiñán en 1659 y murió en París en 1743. Comenzó á estudiar la pintura en Montpellier, trasladándose después á Lyón y á París con el propósito de perfeccionarse. Tales muestras dió de sus aptitudes, que fué admitido en la Academia como pintor de historia y de retratos. Hizo varios retratos de Luis XIV, de la familia real y de varias notabilidades, distinguiéndosele con varios honores y pensiones. Sus cuadros figuran en las principales galerías de Europa.

Francisco Van Mieris.—Nació en Delft en 1689 y murió en 1763. Llegó á ser el mejor discípulo de Gerardo Dow. El número de sus cuadros es muy considerable, citándose entre ellos *Una mujer tocando la guitarra*, en el Museo de Amsterdam; *Una joven* y varios retratos, en el de La Haya; *Mujer en su tocador, Dos señoras tomando te, Interior de una casa*, en el de París. Abreviáronse sus días por los excesos del vino.—Z.